

LA CULTURA POPULAR

La cultura popular pocas veces logró expresarse en el arte de la Edad Media, ni siquiera en la escultura. Los comanditarios nobles y eclesiásticos la mantuvieron apartada del mundo de las imágenes. Pero en los siglos XIV y XV consigue asomar en las producciones artísticas de la cultura docta. Tenemos un hermoso ejemplo de ello en una notable miniatura del manuscrito del *Roman de Fauvel*, redactado por Gervais du Bus a principios del siglo XIV, que representa una cencerrada (il. 169). La cencerrada (en francés *charivari*) aparece en los textos en el siglo XIV y esta miniatura es la representación más antigua que se conoce.

La cencerrada, que sobrevive aun hoy en algunos lugares de Europa, es un jolgorio ritual (gritos, dicterios, gestos de irrisión, gestos obscenos) organizado por jóvenes que se burlan de personas, en general mayores, que han cometido un acto social de transgresión: generalmente, casarse con alguien mucho más joven, una viuda que se vuelve a casar con un muchacho o un anciano que se casa con una chica joven.

El *Roman de Fauvel*, compuesto en 1310-1314, es una obra alegórica llena de sobreentendidos satíricos sociales y políticos. Su protagonista es un caballo *fauve* (alazán) símbolo de todos los vicios. Felonía, Avaricia, Vileza, Vanidad, Envidia, Lujuria (cuyas iniciales componen su nombre: Fauvel). Su autor fue un clérigo normando notario del rey. La miniatura representa en su parte superior a Fauvel, un hombre con cabeza de caballo, y una mujer joven en una cama. Los registros medio e inferior ilustran la cencerrada propiamente dicha: jóvenes disfrazados, enmascarados, armando ruido y burlándose. La Iglesia era muy hostil a las cencerradas a causa de su carácter licencioso y pagano —en especial a causa de las máscaras que hacían escarnio del rostro natural del hombre hecho por Dios a su semejanza—. Y también porque, según el sínodo de Avignon (1337), conllevaban «peleas y homicidios». El concilio de Compiègne (1329) excomulgó a los participantes en *charivaris*. El concilio de Langres (1404) prohibió a los clérigos ponerse máscaras y participar en este tipo de actos.



169. «Charivari» (cencerrada). Miniatura extraída del *Roman de Fauvel* de Gervais du Bus, primer tercio del siglo XIV. París, Bibliothèque nationale, ms. Fr. 146, f° 34.

LA COMILONA Y EL JUEGO

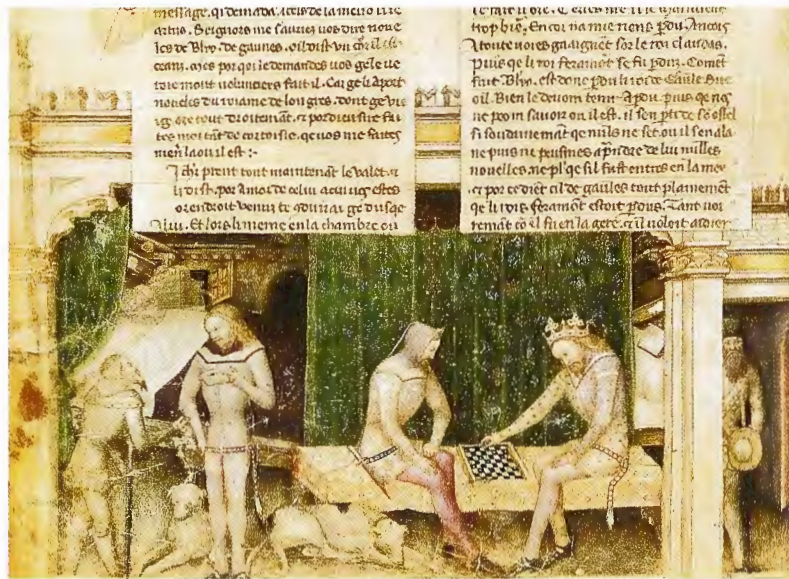
Las representaciones de los placeres gastronómicos y lúdicos abundan más al final de la Edad Media. La Edad Media elabora en el siglo XIV y XV toda una civilización de la mesa y el juego.

El festín presentado aquí (il. 170) se organiza alrededor del faisán, un alimento prestigioso que dio lugar entre otras cosas al célebre «voto del faisán» pronunciado por el duque de Borgoña Felipe el Bueno el 17 de febrero de 1454, en su castillo de Lille, donde todos los caballeros asistentes prometieron luchar contra los turcos (promesa que nunca se cumplió). La miniatura ilustra la preparación del faisán descrita en un manuscrito compuesto en Lombardía, entre 1390 y 1460, del *Tacuinum sanitatis*, un tratado de cocina y dietética que es un testimonio de las preocupaciones gastronómicas y médicas de la Baja Edad Media. París y el norte de Italia son los principales centros de redacción de tratados gastronómicos y recetas de cocina. Los modales en la mesa están cada vez más reglamentados entre los aristócratas y los mercaderes ricos. El anfitrión de nuestra imagen está en un hermoso comedor ante una mesa cubierta con un mantel blanco sobre una pieza de tela decorada, servido por dos criados, vestidos uno de rojo y el otro de verde. ¿Un símbolo acaso de la oposición entre lo cocido y lo crudo?

Los juegos son algo muy frecuente en la sociedad medieval. Existen juegos de varias clases: los militares y deportivos, que se practican en todos los ambientes, como el frontón; los que se practican en ambientes populares, como la *soule* en Francia (que se juega con el pie y que en Inglaterra se convertirá en el *football* y en Italia en el *calcio*) o la lucha; y los propios de ambientes nobiliarios, como el torneo, el tiro con arco o con ballesta y el estafermo. También existen juegos pacíficos, el más apreciado de los cuales es el de los dados, que en la Edad Media es un juego uni-

170. «La preparación del faisán». Miniatura extraída del *Tacuinum sanitatis*, Pavia o Milán, hacia 1390-1460. París, Bibliothèque nationale de France, ms. N. a. l. 1673, f° 67.





171. «Arturo jugando al ajedrez en la habitación de Blioberis y de Faramond». Miniatura extraída de *Guiron le Courtois* de Rusticiano de Pisa. Milán, hacia 1370-1380. París, Bibliothèque nationale de France, ms. N. a. F. 5243, f° 3v°.

versal. El ajedrez, venido de Oriente, fue introducido en los medios aristocráticos en el siglo xi. Los juegos de ajedrez tienen a veces un gran valor económico y artístico. También sirven como soporte de un simbolismo moral (ajedrez moralizado). En un manuscrito del *roman Guiron le Courtois* de Rusticiano de Pisa, realizado en Milán hacia 1370-1380 —la partida de ajedrez ya se ha convertido en un episodio importante en la novela cortés— vemos al rey Arturo jugando al ajedrez en la habitación de Blioberis y de Faramond (il. 171). Los sirvientes y los perros contribuyen a crear una atmósfera nobiliaria. El tapiz y las cortinas verdes tienen un significado ambiguo, como hemos visto: el verde es una alusión por una parte a la juventud y al vigor, y por otra al desorden y a la locura. ¿Acaso el juego no es propio sobre todo de la loca y despreocupada juventud?

A finales del siglo xiv se produce un acontecimiento revolucionario en el campo de los juegos: aparecen los juegos de cartas, que pronto triunfarán.

La Iglesia es muy reticente a los juegos. Se muestra titubeante ante los juegos corporales que pueden engendrar violencia, condena los juegos de azar con sus apuestas insensatas que hacen perder la cabeza a todas las categorías sociales de la Baja Edad Media. Los poderes civiles se aprovechan de ello gravando el juego con impuestos y tasas.

He traído a colación aquí un gesto grave y misterioso. En las paredes del convento dominicano de San Marco en Florencia, Fra Angelico, en la primera mitad del siglo xv, representó a uno de los grandes santos dominicos, san Pedro, un mártir cártaro converso, acogido en la orden por el propio santo Domingo y asesinado por los herejes en el camino de Como a Milán en 1252 (il. 172). A menudo se le representa con el hacha que lo mató clavada en el cráneo. Fra Angelico también lo pintó, en un misal conservado igualmente en San Marco, con las tres coronas de doctor, virgen y mártir. Es un modelo de paciencia y de devoción a Jesucristo hombre, un predicador angélico. Aquí la alusión al martirio es discreta: una leve herida en la cabeza y una modesta palma del martirio en la mano que sostiene el libro, símbolo dominico por excelencia. Pero lo que atrae la mirada es el gesto del dedo en los labios. He querido mostrar aquí una imagen pacífica y tranquila de la violenta Edad Media. El gesto es impresionante: es el gesto del silencio. ¿Es quizá el triunfo de la espiritualidad monástica? ¿O es otra cosa, teniendo en cuenta que se trata de un ambiente dominico y urbano? Al silencio se le añade en este caso el misterio.

Doble página siguiente:
172. Fra Angelico, *San Pedro mártir invita al silencio*, primera mitad del siglo xv. Florencia, Museo San Marco.